



### **La noche comienza cinco horas antes, en el chalé de los Hernández.**

La gigantesca estructura de tres alturas está construida en mitad de una generosa parcela de trescientos metros cuadrados. Tiene diez habitaciones, seis baños, piscina y una cabaña de invitados en la parte posterior, con un techo de cristal desde el que pueden verse las estrellas. Óliver observa la casa mientras él y Cristina atraviesan el acceso principal por el sendero que conduce al porche. Su amiga, enredada en un nuevo cárdigan que no evita que el frío le arañe la piel entre las costuras, avanza a ritmo ligero y sus pasos son acompañados por el quejido de la grava y el susurro de algunos grillos escondidos. Pero hay algo casi imperceptible que reconocen una vez se acercan lo suficiente: un riachuelo de acordes de piano que fluye a través de una de las ventanas de la planta inferior, la que da al salón. Algo en este corto trayecto le resulta encantador. Es una sensación que Óliver revive cada viernes y que podría describir

casi como cinematográfica, como si fuera el protagonista de una de esas películas que veía con sus padres cuando iban al cine. Se siente a salvo y afortunado compartiendo las últimas horas del viernes con sus dos mejores amigos. Algo que, hasta que no cumplió los diecinueve, no había sabido apreciar.

Cristina llega primero al porche y pulsa con fuerza el timbre. Las notas musicales se detienen al instante y la noche se vuelve silenciosa. Sin embargo, impaciente y con la mandíbula tensa por el frío, llama de nuevo, esperando que Álvaro los deje pasar rápido. Óliver la alcanza antes de que el cerrojo se accione y la robusta puerta blanca quede abierta de par en par. Al otro lado, su amigo les hace un gesto con la cabeza para invitarlos a entrar.

–Ya era hora. Se me estaban helando hasta los pensamientos.

–Yo también me alegro de verte, Cristina.

–He traído vino –dice Óliver, tendiéndole una bolsa con una botella que ha “tomado prestada” del trabajo.

–Muchas gracias –dice besándole las mejillas–. Espérenme en el salón, no tardo nada.

–¿No te echamos una mano?

–No se preocupen –niega con la cabeza–, lo tengo todo bajo control.

–Lo que más le gusta en el mundo –murmura Cristina a Óliver, sin que Álvaro llegue a escucharla.

Cuelgan sus abrigos en el recibidor y recorren el vestíbulo principal disfrutando del calor de la casa. Álvaro se escabulle y Óliver intuye que, para evitar hacerle un feo en directo, va a intercambiar discretamente su vino del videoclub por uno de esos carísimos que su familia guarda en un mueble de la cocina. Cuando Álvaro aparece por fin, lleva tres copas cargadas de tinto. Óliver y sus amigos brindan y dan un largo trago.

*Efectivamente*, piensa Óliver degustándolo, *tal y como lo sospechaba*.

–Podrías haberte arreglado un poco para la ocasión, ¿no crees? –riñe Cristina a su anfitrión.

–¿Por qué iba a hacer eso? Solo eran ustedes. Y estaba practicando.

–Vaya –dice Óliver, fingiendo estar ofendido–, solo éramos *nosotros*, unos simples mortales...

Álvaro lanza un suspiro.

–Ya sabes a qué me refiero.

–Te hemos oído –le aclara ella, observando el piano de cola negro que está junto a la chimenea. Es un instrumento muy valioso, un Yamaha que Álvaro heredó de su abuelo. Óliver podría afirmar que su amigo ha pasado más horas sentado frente a él que en los pupitres del instituto–. Sonaba muy bien. Aunque debes de ser el único pianista del mundo que toca en chándal de diseñador.

–Es cómodo –Álvaro hace un gesto de desdén con la mano.

–¿Por fin has vuelto a componer?

–No, Óli, ya me gustaría. Estaba tocando Coldplay. Últimamente estoy en bucle y... no sé, he sacado los acordes de oído porque eran bastante evidentes. –Álvaro empieza a entonar, con su voz rasposa–. *We live in a beautiful world. Yeah, we do, yeah, we do...*

*Vivimos en un mundo bello. Sí, lo hacemos. Sí, lo hacemos.*

–Oh. Pensaba que estabas más inspirado últimamente, por todo lo de Eric y eso. Por cierto, ¿cuánto más vas a tardar en ponernos al día sobre el tema? –dice Cristina.

La sonrisa amable de Álvaro sufre una pequeña fractura. Es casi imperceptible, pero Óliver lo nota al momento. Eso se le da muy bien. La pregunta es inofensiva pero desafortunada. Álvaro se recuesta un poco en el sofá en forma de L y da otro trago antes de contestar:

–Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir.

Silencio.

–Entonces lo has hecho –afirma ella–. Lo has cortado de raíz.

Óliver observa que la mitad de la copa de Álvaro ya se ha evaporado. No puede evitar imaginarse el torbellino de pensamientos catastróficos que deben estar asaltando a su amigo. A veces a Álvaro le pasa eso, se mete en un túnel oscuro de ideas y Óliver no sabe cómo sacarlo de allí, pero siempre lo intenta. Recuerda la última conversación que tuvieron juntos, cuando le contó que últimamente no podía dormir bien y tenía un sueño recurrente: veía a su casa deshacerse en pedazos para sepultarlo, sacudida por una fuerza que hacía que todo se viniera abajo sin remedio y, curiosamente, lo único que se mantenía intacto de toda esa catástrofe era el piano, que seguía ahí, como si aquel objeto fuera consciente de lo mucho que el chico lo necesitaba y le prometiera no moverse para que siempre pudiera acudir a él. Para no quedarse solo.

Óliver se aclara la garganta y añade:

–Más bien ha ocurrido todo lo contrario, ¿verdad? –Trata de ser cuidadoso y embalsama sus palabras con un halo de comprensión, porque sabe que ahora mismo camina sobre un puente en el que su amigo lleva semanas paseando de un lado al otro, que cruje por el peso que soporta y podría ceder en cualquier momento.

Los ojos castaños de Álvaro se posan en los suyos, y eso le basta a Óliver para encontrar la respuesta que buscaba. Así ha sido desde que tenían diez años, cuando Álvaro se mudó al pueblo por el trabajo de sus padres y llegó a su vida. Era uno de los pocos chicos de la clase que no se metían con él por a) ser enclenque b) dibujar durante el recreo en vez de jugar al fútbol y c) ser el típico preguntón que prefería entender las cosas en clase antes que irse a casa con alguna duda. Tardaron unas semanas en hacerse

amigos. Óliver, que no era muy hablador, descubrió que Álvaro decía más con gestos que con palabras. Sus primeras conversaciones fueron saludos incómodos o preguntas concretas “¿Me prestas un lápiz?”. Hasta que una mañana, Álvaro observó el dibujo que Óliver había hecho en su libreta, en donde aparecía Sergi, el *bully* de su clase, siendo devorado por una horda de tiburones.

–Se te da bien, ¿eh? –le dijo–. Hasta has clavado la nariz que tiene y todo.

Óliver se puso tan rojo que ni pudo responder.

–Perdona, no quería molestarte.

–No pasa nada, pero... –susurró el pelirrojo–. No me delatarás, ¿verdad? Con la profe, digo.

–¿Delatarte? –Álvaro soltó una risa espontánea y sincera–. Tranquilo, no lo haré. Sergi es un imbécil. ¿Y si añades una serpiente gigante para que le muerda el pito?

Y así empezó todo. Óliver le presentó enseguida a Cristina, a quien conocía desde primero. Y todo sea dicho, a su amiga le llevó un tiempo asumir que tendría que compartir su amistad en un trío que ella no había buscado.

La primera vez que Álvaro lo invitó su casa, Óliver no pudo contener su asombro. Aquello era un palacio, todo brillante y con muebles recién comprados. Pero, a los pocos meses, descubrió que la bonita vida de su nuevo amigo no era tan perfecta como parecía. Cuando Cristina no quedaba con ellos (porque quería prepararse un examen con semanas de antelación), Álvaro invitaba a Óliver a ver una película de terror en su habitación. Con *Scream*, *Sé lo que hicieron el verano pasado* o *El exorcista* de fondo, el mundo parecía desaparecer y Álvaro se descorchaba ante su amigo como una botella.

—Sabes que Cristina me cae genial, pero... siento que esto solo puedo contártelo a ti. ¿Tiene sentido?

Óliver asentía y escuchaba a su amigo. Eso se le daba bien, mucho mejor que hablar de lo que sentía por dentro. Los niños podían hacer eso, quejarse cuando les pasaba algo, pero los adultos no. Cuando te hacías mayor aprendías a manejar las molestias por ti mismo. Era así, ¿no? Y Óliver ansiaba crecer cuanto antes para dejar atrás esa pregunta que lo perseguía desde hacía años: ¿qué tendría que hacer cuando fuera mayor, cuando fuera adulto?

Entendía que al alcanzar los veintimuchos, las cosas se ordenarían solas de algún modo, y esa sensación vertiginosa de incertidumbre que le hormigueaba el pecho, se desvanecería para siempre. Había estado preparándose desde que empezó la secundaria, ocultándole a sus padres que sus compañeros seguían riéndose de él, que no sabía qué quería hacer después del colegio, que Isaac había dejado de llamarlo cada noche, o que la palabra *futuro* lo conducía a una imagen vacía, como una cámara sin carrete.

Había aprendido a decir que “estaba bien” cuando le preguntaban “¿qué tal?”, pero con Álvaro y Cristina seguía haciendo lo contrario. Le daba forma a sus sentimientos. Eran pequeños eclipses de sinceridad, igual que los dibujos que hacía en su libreta de lugares imaginarios con los que trataba de escapar de su realidad. Óliver sabía que sus amigos, a su manera, estaban pasando por lo mismo, y que era cuando estaban juntos cuando dejaban de sentirse perdidos.

—Así es, Óliver, ha pasado justo lo contrario —dice Álvaro devolviéndolo al presente.

Se acaba la copa de un trago.

—¿Pero Eric no estaba...? —pregunta Cristina.

—¿Prometido? Sí. Lo está. Y no te sabría explicar muy bien por qué, pero no quiero obsesionarme y buscar motivos. Ha ocurrido y ya está. Si te soy sincero, hacía tiempo que no conocía a alguien que me despertara tanta curiosidad.

Estaban hablando de Eric, el nuevo jardinero de la familia de Álvaro. De origen rumano, con papeles españoles y curtido como jornalero en época de cosecha. Todo un ejemplo de superación, un inmigrante *de los que aportan cosas al país*, como había dicho el padre de Álvaro en una ocasión. Eric cuidaba del jardín y también se ocupaba del mantenimiento de la casa cuando los dueños estaban de viaje por trabajo y dejaban a su hijo solo (algo bastante frecuente).

—Pero sabes de sobra que no le estás haciendo ningún favor —señala Cris—. Quiero decir, tiene a alguien esperándolo en casa cuando termina de trabajar en la tuya. Y acostarte con él... no hará las cosas más fáciles para ninguno de los dos.

—Ya sabes que me aburren las cosas fáciles —contesta él en tono sarcástico.

—Pero es que Eric no es una cosa, Álvaro, es una persona. Estás interfiriendo en una relación.

Óliver bebe de su copa y no interviene en el tira y afloja de sus amigos. No le gusta decir algo en voz alta y que sus palabras puedan herir a alguien que le importa. Él entiende la postura de ambos. Entiende la frustración de Cristina y que odie que Álvaro se haya encaprichado con Eric como si fuera una chaqueta nueva o una figurita para decorar su habitación. Por otra parte, también percibe la desesperación de Álvaro, tan evidente que podría dibujarla si se lo propusiese, ansioso por sentir el afecto que no ha tenido en su propia casa y que ha tratado de suplir con la atención de Eric desde que lo contrataron.

–Cris, sabes que te quiero y aprecio tu opinión –suspira Álvaro–, pero yo tengo una psicóloga que me recuerda lo jodido que le parece todo esto. Me gustaría que ahora fueras solo mi amiga, la verdad.

–Y justo porque soy tu amiga no me importa tener que decírtelo las veces que hagan falta.

Álvaro se levanta para acercarse al piano. Toca algunas teclas de forma aleatoria, acordes graves y profundos, como el sonido de una avalancha. Óliver mira a Cristina entonces y le hace un gesto negativo con la cabeza para que aborte misión. Álvaro no quiere hablar más y ella no puede forzarlo. Tras unos segundos incómodos, Cristina vacía su copa.

Álvaro levanta un dedo, de pronto.

–Acabo de tener una gran idea. ¿Quieren ir a dar una vuelta?

–¿Una vuelta? –se ríe Óliver–. Tú no has sacado la mano por la ventana, ¿verdad? Hace un frío horrible.

Su amigo se gira sobre sí mismo. Cualquier atisbo de seriedad se ha desvanecido, y ahora les dedica una amplia sonrisa.

–No estaba ofreciéndoles dar un paseo por el bosque, Óli. Hablo de un local nuevo. Acaba de abrir y conozco al de seguridad, que es básicamente el San Pedro de las discotecas. Si te arrodillas y se lo pides por favor, estás dentro. Y les aseguro pase VIP, sin nada de filas.

–¿Quieres salir de fiesta?

–*Queremos* –matiza Álvaro con una sonrisa burlona.

Óliver y Cristina se miran. Él está seguro de que ella rechazará la propuesta.

–Me parece bien. Pero no tengo un centavo y, la verdad...

–Yo invito. Habrá que celebrar que mis padres me han desbloqueado la tarjeta, ¿no? Y animar un poco a nuestro Óli. Que le den a Isaac, ¿me oyes? ¡Que le den!



Y, antes de que Óliver pueda decir nada, Álvaro se sienta al piano con agilidad y empieza a aporrear las teclas mientras canta a viva voz:

*Isaac, Isaac, maldito imbécil,  
Vamos a bebernos la noche  
El Óli y la Cris, a bailar sin reproches.  
Mi amigo te da mil vueltas  
Ojalá te atropelle un coche  
Tremendo, tremendo imbécil...*

Óliver casi se atraganta y tira la copa a causa de la risa. Y, de pronto, todo le parece estupendo. La piel le vibra, sus mejillas están cálidas y la compañía de sus amigos lo hace sentirse bien.

Le hace sentir que todo va a salir bien.



Tardan algo más de media hora en llegar. Y es al bajarse del vehículo cuando las pupilas de Óliver, al igual que toda la entrada del recinto, quedan teñidas de un color rosa eléctrico. El edificio no es demasiado alto y, debido a su aspecto industrial, las ventanas opacas y la fachada descascarillada, nadie diría a primera vista que se trata de una discoteca. Coronándolo, hay unas palabras escritas en un letrero luminoso con letras rectas y mayúsculas:

**BIENVENIDOS A INFERNO**

No tardan ni cinco minutos en entrar. Parece que Álvaro no mentía

cuando decía conocer al de seguridad, un tipo de casi dos metros a quien besa en la mejilla antes de que este les dé acceso y sofoque un abucheo general de los que aún están haciendo fila. El ritmo acompasado de la música a todo volumen los precede y, al descender el último escalón, los tres se encuentran con una marabunta de personas en una gigantesca sala construida a varias alturas. Las paredes reflectantes destellan tonos rojizos y anaranjados. Antes de dirigirse a la barra, notan como todos esos desconocidos parecen bailar en el corazón del infierno.

Álvaro paga la primera y después tres rondas más. Mezclan algunos sabores, que se deslizan por sus gargantas y les queman como si fueran vampiros bebiendo agua bendita. El tiempo, a medida que los minutos pasan, termina por fracturarse y la noche se convierte en un caleidoscopio. En algún momento, Álvaro sale a fumar y es entonces cuando Cristina se lanza a hablar. Y vaya si lo hace, dándole vueltas y más vueltas a la conversación que han tenido en casa de Álvaro.

—¿Por qué no le has dicho nada antes? —se queja.

—¿A qué te refieres?

—Siempre quedo yo como la mala, Óli, pero tú también sabes que Álvaro se está metiendo en un buen lío.

—Cris, tú no eres mala, pero ya lo conoces. Álvaro no piensa tanto en si algo está bien o no hasta que lo hace. Es más impulsivo que nosotros. Se atreve más a equivocarse, supongo.

—Bueno. Yo también podría ser una persona más impulsiva si tuviera una tarjeta mágica a la que acudir por si hiciera alguna estupidez. —Ella se aparta su larga melena negra hacia un lado. Algunas gotas de sudor le brillan en la clavícula como si llevara un collar de perlas—. Y hablando de estúpidos, ayer vi a Isaac en el tren. Me reconoció, claro, pero agachó la cabeza y se bajó un par de paradas antes que yo.

Cuando escucha ese nombre, Óliver intenta mantener la sonrisa que el tequila le ha dibujado en la cara. Asiente y mira hacia el otro lado de la barra, donde un camarero está haciendo malabarismos con una coctelera.

—Quizás haya tenido que buscarse a otro en el pueblo de al lado —dice él, tratando que ninguna sensación triste se le aferre a la garganta y terminándose el último chupito de la tabla.

—Ey... No tendría que habértelo comentado —dice Cristina poniéndole la mano en el hombro—. Escucha, voy un momento al baño. Espérame aquí y luego bailamos hasta romper el suelo, ¿qué te parece?

Él asiente con la barbilla apoyada en el puño y su amiga se aleja de allí, dejando estelas en el aire como una película a pocos fotogramas.

Y algo hace *clic*, como si fuera la última pieza de un puzle. De los altavoces empieza a sonar una de sus canciones favoritas. Lo toma desprevenido, pero mira los vasos vacíos sobre la barra y recuerda por qué está allí. Esta noche quiere disfrutar, olvidarse del mundo que lo rodea, así que se escabulle entre la multitud. Baja un par de escalones y se sumerge en el mar de vida que es la pista de baile. La voz de Texas y las campanadas de su éxito *Summer Son* lo mueven en todas las direcciones, como si una corriente invisible lo zarandease con suavidad. No se plantea cómo baila. Probablemente lo esté haciendo fatal, pero eso ahora no le importa demasiado. Allá donde mire, ve luces brillantes y abrasadoras. Algunas parejas se besan con fuerza, mordiéndose los labios como si disfrutasen de una fruta madura.

Óliver puede sentir la euforia a su alrededor y trata de aferrarse a ella como si fuera suya.

Se siente vivo, olvida las últimas semanas, meses, el último año y medio. Cada día ha sido una copia grisácea del anterior. Ya no recuerda cómo eran los colores o cuándo comenzaron a desvanecerse. Se olvida de

Isaac, de que ya no están juntos, de la llamada de teléfono que lo cambió todo. La música electrónica desdibuja su rostro.

Entonces, cuando la canción llega a su último estribillo, abre los ojos el tiempo suficiente para percatarse de que, a un par de pasos, una figura lo observa. Óliver mira en todas direcciones, pero acaba comprendiendo que los ojos del muchacho están anclados en él. Sonríe y el desconocido lo imita como si fuera un reflejo, aunque no se parecen en nada. Le gustan los tatuajes que se recorren sus brazos y los mechones blancos esparcidos en su cabello. Es claramente mayor que él, aunque le resultaría imposible apostar por una edad concreta. Lleva un fino cordel metálico colgado al cuello que se le enreda entre los dedos de la mano izquierda, mientras que en la derecha sostiene una bebida verdosa.

Cuando están lo suficientemente cerca el uno del otro, el chico trata de decirle algo, pero Óliver no logra escucharlo, así que el desconocido termina inclinándose hacia él. Desprende un olor fuerte a alcohol cuando su boca se mueve y le roza el lóbulo con la lengua. Ya no es un desconocido porque le ha dicho su nombre. A él, de entre todas las personas que hay en este sitio. Óliver también le dice el suyo. El pulso se le acelera. Los dos sonríen, eufóricos, justo antes de besarse.